

# la difícil convivencia

El brutal asesinato del joven subinspector de policía, D. Juan Antonio Fernández Gutiérrez, y las heridas causadas a otros dos policías el pasado 1 de mayo en Madrid por un grupo de extrema izquierda, supone un acto de violencia de tal naturaleza que además de ser un hecho criminal descalifica políticamente a sus autores, cualquiera que sea su ideología. Tampoco podemos silenciar la conducta violenta y delictiva —menos grave en sus consecuencias, afortunadamente— de otro grupo de extrema derecha, que agredió días pasados a varios sacerdotes a la salida de una misa, organizada por los movimientos apostólicos obreros, con motivo de la festividad del 1 de mayo. Estos ofrecen motivo más que suficiente para reconsiderar una vez más la situación actual del país.

De nuevo, la irracionalidad de los extremismos políticos pretende hacer peligrar la convivencia de nuestro pueblo que mayoritariamente desea conservar la paz social, pues no en vano tantos sacrificios le costó poder disfrutar de la misma. Así, certeramente, decía el diario "Informaciones" en relación con el asesinato del joven policía: "La sangre vertida ayer no altera la evidencia de que la inmensa mayoría del país se aferra con grapas de acero a la convivencia, el diálogo y la paz social y subraya la existencia de grupos de extremistas que no ven otra salida que la de la espiral de la violencia".

Resulta, pues, necesario garantizar y conservar el orden público, dotando de medios adecuados a las fuerzas encargadas de mantenerlo, sin perder la calma y la serenidad, tan necesarias en estos momentos. En este sentido nos alegra, por lo que de ecuaníme y alentador tiene, la declaración del último Consejo de Ministros, en relación con dichos sucesos.

Sin perjuicio de lo anterior, conviene recordar también que los problemas que atañen al orden público no se resuelven solamente con medidas puramente preventivas o represivas, pues es necesario conseguir que entre el poder y la sociedad haya una perfecta armonización y un claro y eficaz respaldo popular de aquél, a través de los cauces y los canales que hagan posible que éste se produzca. En este aspecto coincidimos con el diario YA, cuando decía el pasado día 3, en su editorial:

"Nuestra sociedad tiene planteada la necesidad de que se le abran canales para que no se siga dando el caso de que los ciudadanos que podían apoyar al Poder de una manera activa y eficaz, con su colaboración y sus iniciativas, no tienen manera de hacerlo, pero en cambio se deja el terreno libre a la subversión. Ninguna autoridad puede actuar en el vacío y cuando no facilita esa colaboración social a que nos referimos, lo único que hace es lo que alguna vez hemos llamado dar primas a la clandestinidad. No será a puñaladas como los elementos que se manifestaron el 1 de mayo ganarán simpatías para su causa; pero tampoco bastarán medidas de policía (por justas y necesarias que estas sean) para que los buenos españoles tengan asegurado el orden que les permita mirar sin zozobra el porvenir".

No resulta aventurado decir que el vacío político no facilita el orden público ni la convivencia pacífica de la sociedad, pues en la medida que las discrepancias puedan canalizarse ordenada y civilizadamente estaremos sentando los presupuestos necesarios para descalificar, aún más, a quienes pretenden justificar la violencia y la alteración del orden por falta de cauces suficientemente amplios de diálogo entre la sociedad y el Estado. Aún cuando sea pecar de reiterativos, volvemos otra vez a ratificar lo dicho en estas mismas páginas, hace algún tiempo, (CRIBA núm. 28 de 19-XII-1970), y que sigue teniendo plena actualidad: "Después de 1956 ha privado la consigna de despolitizar" las instituciones y por el contrario de "tecnocratizarlas" ampliamente. La tecnocracia sin ideología es un puro disparate que sólo aboca a un estado: el vacío político y tras él, el caos. Por eludir las molestias que para los equipos dirigentes puede representar la existencia de unas Asociaciones con fuerte espíritu crítico (pero al fin y al cabo sostenedores del sistema aunque sólo sea por querer transformarlo) puede caerse en un peligro infinitamente mayor: propiciar la subversión por haber engendrado antes el vacío. La nada, el vacío, era para los griegos clásicos el símbolo del infierno. Tal vez había que definir, ahora, el vacío político como la antesala de ese real y auténtico infierno que es la pugna civil".

Por último, conviene insistir una vez más en la necesidad de mantener actitudes serenas y responsables, sin que los extremismos y los fanatismos de un lado y otro puedan ensombrecer mínimamente el clima de paz y concordia civil que disfruta el país, pues nada sería más trágico para nuestro pueblo y para nuestro futuro que diésemos la razón a quienes, además de desear, no buscan sino los pretextos para dividir otra vez a los españoles en los viejos rencores del pasado.